

# UN CUADRO DE ALONSO CANO EN SU CENTENARIO

El día 3 de septiembre se cumplen los tres siglos de la muerte de uno de los más grandes artistas barrocos españoles, el granadino Alonso Cano. Como homenaje a su memoria, hoy traemos como aportación a su catálogo de cuadros la fotografía de uno aparecido recientemente en Marbella, en la colección de don Juan de Pablo, antiguamente procedente de una colección sevillana. Representa una Purísima. Casi de análogas medidas —1,82 metros por 1,12— que el famosísimo de Vitoria, a mi gusto, la mejor Purísima que saliera de su paleta, refleja ese sentido de belleza ideal que el artista plasmaba al tratar el tema. Tiene un gran encanto y es más tenebrista y revela más movimiento en la tónica y composición que las demás Purísimas que el pintor hiciera, así la de San Isidro en Madrid, la desaparecida de Magdeburgo y las cuatro granadinas, tres en la catedral y una en la colección del conde de las Infantas. Más dramática aún que la de Vitoria, nos hallamos ante un bellissimo cuadro, que inmediatamente nos hace recordar la época sevillana de Cano. Época a la que se le ha dado más importancia a su arte como proyectista y retablista que como pintor. Y se le ha dado más importancia porque los documentos notariales, que tras largos siglos de silencio han revelado su secreto a los investigadores hispalenses, casi todos son de concierto de retablos. En ellos, bien solo Cano o ayudando a su padre, también arquitecto, sólo nos muestran un proyectista barroco. Y es que en los documentos notariales es muy poco corriente encontrar un concierto de pintura de un cuadro. Sin embargo, tenemos noticias de que pintara mucho también Cano en esta formidable etapa primera de su arte en Sevilla. En el cuadro se refleja la quietud, la tranquilidad y la sin igual belleza de la obra canesca. Más sobrio y tenebroso que los de su última época, carece de esa claridad de las Purísimas granadinas, que parecen ya anunciar la clara pintura del siglo XVIII. Sus entonaciones rosas, azules y carmín son una sinfonía de colores, una obra maestra del barroco.

Era Alonso Cano un artista que elogio mucho Palomino. El Vasari español nos dice que era un gran pintor, escultor, arquitecto y dibujante. Nació en Granada el día 19 de marzo de 1601, el día de San José, Santo que pintaría con amor; ese gran cuadro de la colección Millán de Sevilla así lo proclama a los cuatro vientos. Su padre, Miguel Cano, es retablista, y al poco tiempo de nacer Alonso se trasladó a Sevilla, pues está documentado allí. En 1615 le pone de aprendiz con Pacheco por cinco años, y choca que la parte de examen como pintor, el Cano, necesaria para el ejercicio de su arte, en vez de ser a los cinco años es a los diez del concierto de aprendizaje con Pacheco. También en la descripción que el notario hace de Cano nos dice que tiene tres heridas en la cefala izquier-

da. De carácter colérico y dado a pendencias, se conoce que ya le habían marcado antes de que contara veinticinco años. Casa con una joven viuda —María Figueras— de la que se queda viudo a los dos años, y vuelta a empezar a buscar novia en aquella Sevilla barroca, casándose el 31 de julio de 1631 con la hija de un oscuro pintor sevillano llamado Uceda; se llamaba ella María Magdalena, y a la pequeña dote que lleva al matrimonio, dos años después aportó más bienes. Colabora en los retablos de Lebrija, en la sillería de San Pedro de Sevilla —junto con su padre—; en el retablo de la Hermandad de los Pintores, en el de la Universidad, en el de La Campana, en el tabernáculo de Rota, en la sillería de la iglesia de Santa Catalina, en el retablo de San Juan de Aznalfarache y el de San Juan Evangelista, de Sevilla. Se ha destacado mucho por sus biógrafos esta etapa de ensamblador y su fama en la capital hispalense, lo que confirma el que Martínez Montañés le traspasara el poder que tenía de los escultores y arquitectos sevillanos para que les defendiera sus derechos como artista más caracterizado.

Mas cuando todo marchaba sobre ruedas en la vida de Cano, tiene éste un desafío, con gran escándalo en Sevilla, con el pintor Sebastián de Llanos Valdés, hiriénole éste en la mano derecha, aunque también aquel sale herido. La Justicia le destierra, y se encamina a Madrid en 1637. Nuevamente aquí rehace su vida, protegido por su condiscipulo Velázquez y por el conde-duque de Olivares. Colabora en las obras del Casón y pinta más por cierto que en Sevilla, hasta que nuevamente la tragedia se cierne sobre su casa. Una mañana aparece cosida a puñaladas su bella esposa y desaparece un oficial que tenía en su taller Cano. Se le achaca la culpa de la muerte y se le destierra a Valencia. Palomino dice que buscó refugio en Porta Coeli. Esto se confirma por el testamento del artista, que habla de los libros que en aquel convento valenciano tenía. Olvidado un poco el suceso, vuelve a Madrid e interviene en el retablo de Getafe y en obras de arquitectura como el arco que para la entrada de la Reina se hacía en 1650. Pero sigue tan matón como antes del homicidio. Se niega a ir en una procesión de Semana Santa con sus compañeros, pues ya estaba muy poseído y se tenía por más que ellos y —como es natural— hay pendencia por ello. También en Granada, cuando pide una ración en aquella catedral y se le concede —o bien se la dio el Rey para librarse de él en Madrid, donde era un discolto pintor de Cámara—, dióbrío el examen de Teología, necesario para ser sacerdote, pues se creía que él no lo necesitaba, o bien se negaba a recibir la comunión con los demás racioneros, pues los tenía en menos. Hace el formable ciclo de cuadros de la Viua de la Virgen y esa maravilla de Virgencita que en la capilla de Granada se muestra como la más



Cano. Purísima. Colección De Pablo. Marbella

bella obra que un imaginero hiciera. Es la Virgen Niña de Cano algo que el que la ve no la puede olvidar. Refleja un sosiego, una paz y un encanto, que parece imposible que saliera de la gubia de aquel torbellino que era Cano. Y, genio y figura hasta la sepultura, cuando se le llama para la traza de la catedral de Málaga, la hace y pone la condición de que se le entreguen antes de verla dos mil ducados. Como no se le atendió el capricho cogió su mula y se fue a Granada, adonde tuvieron que ir a llevarle los ducados. Ya enfermo, se niega a que le dé el viático el cura de su parroquia, la del Albaicín, pues se entera de que le daba el viático a los judíos, a los que de siempre odio. Hasta el instante mismo de su muerte la dominaba el genio. Le llevan para exhortarle un Cristo, y lo mandan retirar; a pique estuvo el sacerdote de conjurarle, pero le arguyó el pintor que si no quería que se irritase y le llevara el diablo, sacase el Crucifijo aquel que estaba muy mal hecho; aunque sea una cruz sola, mejor es que ver aquella imagen.

Era Cano el creador de la Escuela granadina de imagineros y pintores. Mena, Niño y Pedro Atanasio Bocanegra fueron discípulos suyos. Su arte como arquitecto se prueba con las catedrales de Málaga y Granada; su arte de tallista con sus retablos sevillanos; su arte de dibujante con los dibujos de la Nacional, y su arte de pintor con estas Purísimas, las más bellas del arte español, de las que este cuadro recién aparecido es una muestra de cómo Alonso Cano transformaba en belleza lo que tocaba aquella mano herida por la espada de Llanos y Valdés. El 3 de septiembre de 1667 se extinguió aquella vida terrible y atormentada y ruidó cuenta de su crimen, si es verdad que lo cometió, a su Creador. Alonso Cano y Almansa, en este tercer centenario de su muerte recordemos tu figura mejor que con un estuque de flores con la ofrenda de un cuadro tuyo al catálogo de tus obras, de tus bellas obras que te inmortalizaron.

José VALVERDE MADRID  
(Cronista de Córdoba)